



19

BUSCADORES DEL QUERER DE DIOS – 1885

Aquella mañana, al salir del despacho del Sr. Obispo, nuestro conocido P. Torres se encontró con el P. Bustamante, Superior de la Residencia de la Compañía de Jesús.

- Padre Torres, ¡qué bueno encontrarlo aquí! – le dijo con una amplia sonrisa, mientras le daba un efusivo apretón de manos. – Estaba pensando en ir a visitarlo.
- ¡Pues, aquí me tiene! ¿En qué puedo serle útil?
- En realidad, simplemente quería hacerle una invitación, aunque todavía no puedo darle fecha exacta. ¿Dispone de tiempo ahora?
- ¡Sí, por supuesto! – contestó el P. Torres, buscando con la mirada un lugar donde poder conversar con más privacidad.

Vio un banco de madera en un extremo del amplio hall y hacia allí se dirigieron. El P. Bustamante era un hombre joven, delgado, de frente amplia y mirada limpia. Era conocido por su celo apostólico y su inquebrantable búsqueda de la Voluntad de Dios.

- ¿Y bien? ¿Cuál es la invitación que quiere hacerme? ¡Soy todo oídos!



- Mire, amigo mío... Creo que el Señor me está pidiendo me embarque en una fundación. Lo vengo pensando y rezando desde el año pasado, y ahora estoy aquí con la intención de manifestar oficialmente mi propósito a Su Excelencia.
- Pero... ¿de qué clase de fundación me está hablando?
- ¡De un instituto de religiosas educacionistas! – dijo el P. Bustamante, mirándolo fijamente, escrutando la más mínima reacción en el rostro de su interlocutor.
- Y... ¿cómo empezó todo? – preguntó el P. Torres, una vez superado el primer momento de estupor.
- Bueno... usted conoce, como todos, que las relaciones diplomáticas de nuestro País con la Santa Sede quedaron cortadas, cuando nuestro Gobierno expulsó al Nuncio, el año pasado.
- Sí, un tema bastante confuso, y que a toda vista fue manipulado con malicia. Lo único que quería era defender la fe del pueblo pidiendo maestras católicas, y lo terminaron acusando de traición, poco más o menos.
- Y a renglón seguido, se aprobó la Ley del Registro Civil, con la cual nacimientos, casamientos y defunciones quedan fuera del control de la Iglesia. Es decir que al pueblo, en su gran mayoría católico, se lo está conminando a vivir su fe solo en el ámbito privado, sin el apoyo y cobijo del testimonio expreso de la comunidad.
- En esto estamos totalmente de acuerdo. ¿Es por eso que pensó en una fundación de religiosas? Pero, ¿por qué educacionistas? Recuerde que, ¡ya hay tres congregaciones nuevas aquí, en Córdoba! ¡Y las tres tienen colegios!
- ¡Es verdad! Sin embargo, sentía fuertemente que tenía que hacer algo por la Patria y por la Iglesia, aunque no sabía “qué”. Hasta que, un grupo de señoras, asiduas a nuestros ejercicios espirituales y de confesión frecuente, me manifestaron estar dispuestas a sostener con sus bienes materiales a una asociación religiosa que se dedicase a formar maestras católicas. En charlas sucesivas, fuimos acordando algunos detalles, fuimos viendo posibles candidatas hasta que, a la primera idea, le sumamos la adoración permanente al Santísimo Sacramento.
- ¡Acción y adoración! ¡Interesante propuesta! – aprobó el P. Torres, asintiendo con la cabeza. – Su Excelencia, ¿aún no sabe nada?



- Algo le he adelantado. Ahora traigo una nota de las señoras, dirigida a Su Excelencia⁴³, y las Constituciones que he redactado, para que las analice y les dé el visto bueno; es decir, conversaremos un poco más en concreto. Recién después, fijaremos la fecha de la Fundación. Tal vez para setiembre...
- Amigo, si es para esa fecha no le aseguro que pueda estar. Tengo pensado visitar nuestra comunidad de Santiago del Estero, y quería hacerlo en el Mes de Nuestra Madre, para participar de los festejos en Su honor, junto a los Hermanos que tanto extrañamos por acá. Pero no deje de avisarme; uno nunca sabe qué deparará la Providencia. Por supuesto, ¡sabe que cuenta con la oración de los mercedarios! – y poniéndose de pie, le auguró un diálogo fructífero con el Obispo y se despidió del futuro fundador con una amigable palmada en la espalda.

Caminó despacio y absorto hasta la Merced, mientras repasaba en su interior la conversación mantenida. Era indudable la persecución a que estaba siendo sometida la Iglesia. Su corazón mercedario percibía con dolor la opresión que se cernía, especialmente, sobre la gente sencilla. ¡Dios! Sentía arder en su corazón el deseo de hacer algo... ¿pero, qué?... En el país, no había esclavos ofrecidos para la compra-venta, esperando la redención de los mercedarios; pero, ¿podía asegurarse que todos los argentinos eran libres? Sí, el grito de libertad lo habían dado todos, pero... ¿lo eran de verdad?

Los meses siguientes transcurrieron en calma. Parecía que, luego de un año de mucha agitación y confrontación, los poderosos se hubieran dado una tregua.

⁴³ Las señoras se dirigieron al Obispo, Mons. Fray Juan Capistrano Tissera, a quien expresaron: *“Hemos decidido constituir con nuestros solos recursos una asociación religiosa para formar maestras católicas, a fin de que ni la infancia quede desamparada de tal beneficio, ni nuestra amada América y especialmente nuestra República se vea condenada a no tener otras maestras disponibles, que las diplomadas por estos funestos institutos del escepticismo. Una escuela católica y la adoración perpetua al Santísimo Sacramento, es el objeto de nuestras aspiraciones”*. Por lo que solicitaban como gracia *“poder adorar día y noche sin interrupción, en la capilla o templo del Instituto, a Nuestro Señor Sacramentado”*. Todo dándole la obediencia al Obispo en el **“Instituto religioso de Hermanas del Inmaculado Corazón de María”**.



En la provincia de Córdoba, las parroquias del interior celebraron con gozo las visitas pastorales del Obispo Tissera. Su cálida sencillez les traía, a la memoria, la humildad y cercanía de su antecesor, Esquiú. Tal vez porque, en ambos, afloraba en toda su frescura, el espíritu franciscano. Por su parte, las distintas comunidades se desvivían por hacer su estadía lo más grata posible. Cuando le tocó el turno al Valle de Traslasierras, el P. Brochero no dudó en sumarse a la cuadrilla que se abocó al arreglo del acceso al valle. No existían caminos propiamente dichos, por lo cual solo se podía llegar a lomo de mula.

Tal como lo había planeado, en los primeros días de setiembre el P. Torres viajó a Santiago del Estero. ¡Con cuánta alegría lo recibieron! ¡Y cómo disfrutó él durante su estadía! Participó de todas y cada una de las actividades de la comunidad y de cada fraile; conoció a los santiagueños “en su propia salsa”, con sus tradiciones, su religiosidad popular, con su caminar lento, pero seguro, también en materia de fe. Ayudó a sus Hermanos en el servicio ministerial, bautizando, confesando, bendiciendo matrimonios, aconsejando, guiando... y se reservó para sí la primera Misa de la mañana. Era lo único que necesitaba para poder, después, atender sin descanso a quien requiriere de su ayuda o atención.

La Fiesta de la Virgen, marcaba la hora del regreso. ¡Nunca había participado de una celebración tan colorida y alegre! ¡Tan multitudinaria! ¡Tan del pueblo! Terminados los oficios del culto, las chacareras habían señalado el inicio de los festejos “mundanos”. No importaban las edades para formar parejas de baile; la única consigna era: ¡bailar! Y así lo habían hecho, en medio de la calle, con familiares o desconocidos, grandes y chicos, alternándose los músicos hora tras hora... Recordó al P. Bustamante, y elevó en su corazón una plegaria a la Negrita del Cielo: ese mismo día era el señalado para la nueva Fundación.

Días más tarde, estaba de regreso en su comunidad. Entre la correspondencia que lo esperaba en su mesa de trabajo, un sobre, escrito con caligrafía femenina, fue el primero al que le dedicó toda su atención: *La Madre Provincial de las Hermanas Esclavas del Corazón de Jesús, M. Catalina de María Rodríguez, tenía el agrado de invitarlo a la Toma de Hábito de Rosalía Torres, el día viernes 2 de octubre...* ¡Había llegado a tiempo! ¡Sería testigo de otra “Torre” al servicio de Su Majestad, el Redentor! Sonrió con alegría



y gratitud. ¡Cuánta bendición para su familia! ¡La pequeña Rosalía...! Tendría que acostumbrarse, ahora, a pensar en ella como: ¡Hna. Juana de la Cruz!

Esa noche, cerrando el día ante el Santísimo, su corazón desbordaba en acción de gracias. Se sentía profundamente bendecido y amado por Dios. Sin embargo... ese ardor... ese agujón... eso que siempre terminaba expresándose en una pregunta... no le daba descanso. Sabía que tenía que tener paciencia, que los tiempos de Dios no eran los suyos, que cuando fuere el momento Él se lo haría saber... pero la pregunta seguía, impertérrita, ante sus ojos del alma:

Señor, ¿qué quieres de mí?, ¿qué quieres que haga? ¡Soy tuyo!